que se auxilie moralmente á todos los que reciben auxilio material, y que se mire la *indigencia del espíritu* como más terrible y digna de compasión que la del cuerpo. Al decir esto, no decimos una cosa nueva ni extraordinaria; trátase nada más que de practicar las obras de misericordia en uno de los casos *en que se deben de justicia:* ellas nos mandan no sólo *dar de comer al hambriento y vestir al desnudo*, sino *enseñar al que no sabe y dar buen consejo al que lo haya menester.*

III.

El Estado, aislándose de la caridad individual, no puede auxiliar debidamente el cuerpo del menesteroso ni su alma.

Salvas algunas excepciones, debidas á individuales esfuerzos, el estado de nuestros establecimientos de Beneficencia deja mucho que desear. Ni el local, ni las camas, ni la alimentación, ni el vestido son lo que ser debieran.

Los locales, obra del acaso las más veces ó de la ignorancia, no suelen tener ninguna de las condiciones que la higiene prescribe, sobre todo

cuando se trata de la fatal aglomeración de personas que en ellos se verifica.

Las camas no suelen tener ni la limpieza ni la comodidad y extensión que debieran: tampoco suelen estar aisladas entre sí; de modo que el enfermo presencia escenas de agonía y de muerte que deben agravar su estado.

El alimento, en la mayor parte de los casos, ni es de buena calidad, ni está preparado con el debido esmero; tanto, que á veces se resiste al hambre más voraz. Á lo primero contribuye mucho el fatal sistema de abastecer los establecimientos benéficos por medio de contratas, cuyas condiciones no suelen cumplirse con exactitud; lo segundo es consecuencia de la falta de vigilancia y de que son muchos los establecimientos que no están asistidos por las Hijas de la caridad.

Si el enfermo entra en convalecencia, su suerte es poco menos triste que cuando estaba en la cama. La falta de locales separados para los convalecientes es uno de los grandes males que hay que deplorar. Á ella se deben esas convalecencias, larga y penosa prolongación de la enfermedad, las recaídas y el lastimoso estado en que dejan el hospital los pobres que no tienen

otro recurso que su trabajo. Si se pregunta á los que salen de los hospitales mejor asistidos, es frecuente oirles decir: Las medicinas bien, pero los alimentos mal.

Si hacéis alguna observación al jefe ó empleados del establecimiento, os responden con la frase sacramental: *No hay fondos.*

Aquí se forma un expediente para ver si ha de admitirse ó no á un niño que la muerte, la miseria ó la crueldad de sus padres dejan en el abandono más completo: allí se discute sobre el derecho que puede ó no tener á entrar en el hospital un hombre que se está muriendo en la calle: en otra parte se oficia á los párrocos para que sean muy parcos y muy severos al dar certificados de pobreza, sin los cuales no se admite al enfermo. ¡Quién había de decir que el hecho de querer entrar en el hospital no era una prueba bastante *auténtica* de miseria! ¡Quién creyera que se había de decir hipócritamente en voz alta: *aquí hallarán asilo los enfermos pobres*, para añadir en voz baja después: *hagamos de manera que los pobres enfermos no puedan llegar á este asilo!*

La ración que se da en la mayor parte de los hospitales al convaleciente es escasa y de mala calidad: esta circunstancia retarda el restablecimiento, y muchas veces predispone para la recaída, como lo hemos visto más de una vez. Referiremos una escena de que fuimos testigos, que no tiene nada de extraordinaria, sino que, por el contrario, es muy común en nuestros hospitales, ni tiene tampoco nada de terrible comparada con otras que en ellos pasan.

Había en el hospital D..... tres tercianarios, tres padres de familia cuya enfermedad privaba de pan á diez y seis criaturas que no estaban en edad de ganarlo. Una persona caritativa que los conocía sabía sus buenas cualidades y la mucha falta que hacían en sus casas; fué á verlos un jueves, único día de la semana que se permitían visitas. Estaban convalecientes; los tres se conmovieron mucho, como se conmueve el que sufre en medio de criaturas indiferentes, cuando ve una que se compadece de sus males; uno se echó á llorar. «¿Qué es eso, Francisco?—¡Que nos matan de hambre, y el hambre es tan triste! Perecemos de hambre y de frío.» Era en Enero; no había lumbre para calentarse, y los enfermos, tapados en sucias y raídas mantas, parecían otras tantas sombras que, envueltas en sus sudarios, se alzaban del sepulcro para maldecir á los que las habían inmolado. Se tramó un pequeño complot,

en que entró el portero; se convino en que todos los días los enfermos bajarían uno á uno y con precaución á la portería á tomar una sopa sustanciosa, una ración de carne, un cuarterón de pan tierno y medio cuartillo de buen vino. El primer día todo sucedió felizmente. ¡Con qué ansia devoraban los alimentos! ¡Con qué temor miraban á la puerta, por miedo de que los sorprendiera *algún empleado!* Así aconteció al segundo día. Casualidad ó mala voluntad de alguno, el Director en persona vino á interrumpir el modesto convite, y el convidado cogido *infraganti* huyó como un criminal, no sin haber recibido antes una severa reprimenda, extensiva á la criada que llevó la comida, y que tuvo miedo de que *la llevasen á la cárcel.* Nosotros nos alejamos en silencio, por no añadir el escándalo á la crueldad, y temerosos de que nuestra indignación nos hiciese dirigir al anciano jefe del establecimiento palabras más duras de las que públicamente deben decirse, y cargos que, por muy fundados que pareciesen, no se debían hacer á un solo hombre, porque son siempre la obra de muchos males de tal trascendencia. Uno de los convalecientes se *escapó* del hospital, y auxiliado convenientemente en su casa, estuvo muy pronto

en estado de trabajar; otro recayó, y no pudo salir hasta muy entrada la primavera; el tercero, acometido de otra enfermedad, sucumbió.

Es también de notar el estado en que se da de *alta* á los enfermos pobres; ninguno se halla capaz de trabajar; muchos pueden sostenerse apenas.

Para las operaciones no siempre se consulta la voluntad del enfermo, exponiéndole las razones que hay en pro y en contra; y en las clínicas alguna vez se le mira más bien como un objeto de demostración que como un hermano que sufre.

En la mayor parte de los hospitales el enfermo no está asistido como debiera: ni el local, ni la cama, ni el abrigo, ni el alimento son como su estado reclama. Si la índole de su enfermedad hace creer una operación necesaria, podrá ser que no se le consulte con todo el detenimiento que el caso requiere: si le llevan á una clínica, podrá ser que se tenga más en cuenta la ciencia que la humanidad. ¿Qué falta, pues? ¿Que no sea respetado su cadáver? Su cadáver se profanará; la indiferencia es muy lógica.

Cortar el cabello de las mujeres cuando *todavía no han muerto*, porque así dicen los pelu-

queros que se trabaja mejor, es bien pequeña cosa, son *gajes* de los asistentes. Hollar todas las leyes del pudor, tampoco es cosa que merece notarse; los muertos no sienten. No permitir á la familia del que muere que le dé el último adiós, que le acompañe á la última morada, ni que le sepulte como cristiano con las oraciones de la Iglesia, si no hace un sacrificio pecuniario superior á sus fuerzas, es un *arbitrio* que tienen..... ¿quién le tiene? La pluma se resiste á escribirlo; da horror y da vergüenza. Si hacen falta materiales para la demostración, se llevan cadáveres, se hacen pedazos tan pequeños como sea necesario, que luego recoge un mozo en un carretón para meterlos debajo de tierra porque no huelan mal. Podrá suceder que los estudiantes que siguen la carrera de Medicina y los que siguen la de Cirugía, por un antagonismo muy común entre ellos, en la sala de anatomía riñan, y llegando á vías de hecho, se tiren lo que hallen más á mano. Entonces se verán cruzar el aire á manera de proyectiles los fragmentos ensangrentados de los cadáveres que se estaban disecando. Un fémur, una tibia, un cráneo, son buenas armas ofensivas; ¿por qué no usarlas? Al cabo, los muertos no sienten. Descansar respetados

debajo de una cruz, ó andar rodando por el anfiteatro lanzados en pedazos por la cólera estudiantil, ¿no les es indiferente? ¿Quién lo duda? Y luego la lógica quiere que no se respete muertos á los que no se ha compadecido vivos. y la lógica es una cosa excelente, que se enseña en todas las escuelas. ¿Y la humanidad? Esa no se enseña en ninguna.

Todo esto que vamos escribiendo no está exagerado por el sentimiento, no es una página de alguna horrible novela, el delirio de alguna acalorada imaginación.

No, por desgracia; lo que vamos escribiendo es la verdad; preguntad á los que pueden saberla y no estén interesados en ocultarla, y os responderán: «Es cierto.» Y no vayáis á preguntar á ningún pueblo arrinconado en el confín de una provincia; preguntad en Madrid, en la capital de la monarquía, donde muchas de estas cosas suceden en establecimientos que visitan las autoridades, quedando *muy satisfechas* del estado en que se encuentran. Esos establecimientos son teatro de la mayor parte de las escenas que hemos recordado, y de otras muchas más horribles tal vez. Por allí pasan los ministros y los grandes, y los medianos y los pequeños, y

los hombres científicos, y las mujeres piadosas, y los devotos, y los amigos del pueblo, y todos pasan y pasamos sin que el daño se remedie. ¿Por qué? ¿Son, somos todos insensibles? No, ciertamente. El mal está en que todos pasamos y nadie entra.

Á cualquiera observación que hagáis sobre los abusos que se cometen en los establecimientos de Beneficencia, ya hemos dicho lo que responden los representantes de la caridad oficial: *No hay fondos.* Nosotros os decimos: *No hay caridad.*

¿Por qué se defraudan muchas veces los fondos destinados á socorrer á los enfermos y desvalidos? *Porque no hay caridad.*

¿Por qué se trata al enfermo con indiferencia? ¿Por qué en muchos establecimientos no se acerca á su lecho ninguna criatura llevada por un elevado sentimiento, ningún ser sensible que compadezca sus penas y se complazca en consolarlas? *Porque no hay caridad.*

¿Por qué se equivocan las medicinas, se dan tarde ó temprano, se dan mal preparadas? ¿Por qué el precepto del facultativo se cumple maquinalmente, con la indiferencia de una consigna, mas no con su exactitud, toda vez que el

castigo no intimida á los contraventores? *Porque no hay caridad.*

¿Por qué en muchos asilos piadosos los alimentos están preparados con tal suciedad y abandono que su vista y olor inspiran repugnancia aun al que disfruta salud y tiene buen apetito? *Porque no hay caridad.*

¿Por qué el enfermo está absolutamente aislado de su familia, y el moribundo no tiene quien reciba su última voluntad y su postrer suspiro, y el muerto quien le acompañe con una lágrima y una oración? ¿Por qué se profanan impíamente los cadáveres? *Todo porque no hay caridad.*

¡No hay caridad! ¿Y las Hermanas? ¿Y las mil personas piadosas que se interesan en el alivio de los dolientes? ¿Y la administración?

Las Hermanas no están, como era de desear, en todos los establecimientos benéficos, y aunque estuviesen, la índole de su instituto no les permite poner remedio á ciertos males. Hermanas de la Caridad había en el Hospicio de la Coruña cuando el pan que se daba á los niños tenía gusanos, y no les era posible evitarlo. Las santas mujeres veían con dolor extenuarse y caer enfermos á sus queridos inocentes; pero no está

en la índole de su instituto que pidieran remedio sino á Dios: una Hermana de la Caridad no ha de acudir á la prensa y al gobernador y al ministro; está en el hospital y no en el mundo, y para remediar ciertos males es preciso estar en el mundo y en el hospital.

Las personas caritativas, ó no saben lo que pasa, ó no saben cómo remediarlo; viven sin tener noticia unas de otras, sin reunir sus esfuerzos, cuyo aislamiento las hace inútiles y concluye por desalentarlas.

La Administración, á pesar de su buen deseo, halla por todas partes obstáculos que renacen á medida que los vence, y busca y no halla apoyos allí donde debiera esperarlos.

Cuando decimos que no hay caridad, queremos decir que no hay *caridad organizada*, y mientras no tenga organización, toda su buena voluntad no le dará fuerza.

Supongamos por un momento que los gobiernos, penetrados de su alta misión, resuelvan con firmeza dar á los establecimientos de Beneficencia cuantos auxilios sean necesarios; supongamos que *hay fondos:* ¿se evitarán por eso de aquellos males que hemos señalado los que más sublevan la razón, los que más conmueven el alma? En

el presupuesto bien formado de una casa de Beneficencia hay una gran partida, *la compasión*, que no puede cubrirse oficialmente con los fondos que ingresan en tesorería: un átomo de caridad valdría á veces más para un enfermo que todos los tesoros de Atahualpa.

Aunque se proveyese con generosidad, con profusión, al sostenimiento de las casas de Beneficencia; aunque no se prescindiese en ellas de la moral de los acogidos, si no se llamaba, en auxilio de la caridad oficial, á la caridad privada, no se conseguiría el objeto: el enfermo y el desvalido no estarían bien asistidos ni aun materialmente. ¿Qué mucho? El bien en todo es la armonía. ¿Cómo quiere establecerse prescindiendo de la verdad? Si el hombre es una criatura sensible, un ser moral, un compuesto de espíritu y de materia, ¿cómo auxiliarle debidamente procurándole sólo medios materiales? Y esta verdad, que lo es siempre, está más en relieve y se manifiesta en mayor escala tratándose de los establecimientos de Beneficencia. Los que á ellos se acogen agregan á la debilidad de la pobreza y de la ignorancia, la de la niñez, de la ancianidad ó de la falta de salud. Necesitan una tutela, un protectorado que los defienda y los dirija en su